

APALABRAMIENTO

DIEZ CUENTISTAS PUERTORRIQUEÑOS DE HOY

*Ediciones del Norte
Hanover, N.H. U.S.A.
Primera Edición, 1983*

Diez cuentistas y veinte cuentos: dos de cada narrador: el primero, publicado; el segundo, inédito. Tal es el balance de esta nueva antología seleccionada, prefaciada y prologada por Efraín Barradas, figura ya de relieve en la crítica de la actual literatura isleña.

En el "prefacio" (p. VII-X) esclarece el antólogo los criterios de selección y la razón de algunas exclusiones. Entre éstas, justifica la ausencia de autores puertorriqueños que escriben en inglés. Entiende que si los introdujera, se rompería la unidad lingüística y, además, opina que carecen de repercusión en el país.

Los criterios de selección se reducen a uno sólo, las preferencias personales del antólogo, que clasifica a los narradores en dos grupos:

- a) los más importantes;
- y, b) los otros:

"Aquí aparecen los cuentistas puertorriqueños más importantes de la nueva hornada: Luis Rafael Sánchez, Rosario Ferré, Manuel Ramos Otero y Ana Lydia Vega" (p. VII).

"El resto de los cuentistas incluidos en esta antología no representan mera ni necesariamente las preferencias del antólogo" (p. VIII)

Este los selecciona porque están ahí, haciendo la literatura puertorriqueña. Estos autores son: Juan Antonio Ramos, Tomás López Ramírez, Magali García Ramis, Edgardo Sanabria Santalíz, Manuel Abreu Adorno y Carmen Lugo Filippi. La presencia femenina representa, pues, el 40% de la selección y la representa con dignidad. "El regalo" de Rosario Ferré es, a nuestro juicio, uno de los aciertos mayores de esta muestra: un auténtico regalo literario.

En el prólogo — "Palabras apalabradas: prólogo para una antología de cuentista puertorriqueños de hoy" (p. XII-XXXI) expone Barradas las diferencias entre los narradores actuales y los de llamada generación del 40.

Parte, aunque se siente un tanto escéptico ante él, del concepto de generación literaria. A partir de él establece en principio, dos ideas básicas: *Primera*, que no hay antagonismo generacional entre los escritores del 40 y los actuales, ya que hay rasgos de los primeros que permanecen vivos todavía, amén de que algunos autores de aquella han ido cambiando con el tiempo sus técnicas y sus temas, de forma que su obra reciente comparte las características de la narrativa actual. *Segunda*, la existencia de una nueva manera de narrar que se distingue de la del 40 por las siguientes notas estilísticas.

- 1) Manejo del *habla* popular, frente a la dicotomía entre el lenguaje del narrador y el del personaje, en la generación del 40.
- 2) Presencia femenina y conciencia feminista.
- 3) Denuncia del machismo.
- 4) Exploración del ambiente histórico, pero no según adoctrinamientos preconcebidos e individualizados en determinados personajes, sino recreando la historia que pudo haber sido, frente a la que realmente fue.
- 5) Interés por el mundo del proletariado y del lumpen, pero más que como materia sociológica de la narración, como marco visor de la realidad isleña.
- 6) Presencia de personajes urbanos, más que rurales, con su lenguaje propio, aceptado sin el complejo de inferioridad lingüística de otras épocas.
- 7) Conciencia de antillanidad y de identidad con el mundo caribeño e, incluso, hispanoamericano, frente al insularismo de otros tiempos.
- 8) Compromiso indirecto con la realidad, en aparente evasión de la misma, a veces, pero más efectivo y más protestatario que el compromiso directo. Escribe Barradas:

“La oblicuidad y lo fantástico se convierten, como en muchos maestros hispanoamericanos, en medio seguro para la denuncia social” (p. XXVI)

El título de esta antología —*Apalabramiento*— hace referencia al hecho de que se apalabran —comprometen— con el mundo actual; pero también al hecho de apalabrarse —comprometerse— con la ficción, con

la irrealidad de la creación literaria. En este sentido último, el apalabramiento es una mentira: “Ah, palabra, miento”.

Estamos, pues, ante un prólogo luminoso, configurado, pedagógico. Un prólogo que constituye una hermosa lección de cátedra. Tras él, el lector se introduce con avidez en esta antología. A cada uno de los autores —otro acierto del antólogo— le precede una nota bibliográfico-crítica que contribuye al enriquecimiento del libro. Por lo demás, tanto la portada, de José Rosa, como la contraportada lo avalan estética y comercialmente. La portada, sin embargo, —como eco gráfico-pictórico del viejo San Juan— no se ajusta muy bien a la topografía de la acción, que es más riopedrense y ponceña que sanjuanera.

Por lo demás, hay cuentos que parecen ensayos de carácter histórico-filosófico y los hay también que parecen leyendas. Entre unos y otros, sobresale la tendencia a la fusión del sistema del habla con el sistema gráfico o de escritura. Esta tendencia conlleva, en varios relatos, la superación de los signos de puntuación, fenómeno que se ha generalizado bastante en la literatura actual. Cabría, sin embargo, preguntarse, sobre la validez estético-cultural del mismo y ahondar en su porqué y su paraqué. Es algo que todavía, a nuestro parecer, no se ha hecho y que merece que se haga. Vale la pena preguntarse si los signos de puntuación son un simple adorno, o un rasgo de clase social, o una especie de código de circulación que realza o deteriora la comunicación e, incluso, si contribuyen o no al contenido semántico. En otras palabras: cabe preguntarse si es más inteligente, más estético, más comunicativo y más social, ceñirse a los signos de puntuación o prescindir de ellos ¿Hasta dónde, y cuándo y cómo es provechosa y legítima esta modalidad?

Por: Javier Ciordia Mugerza